

NUM 2. GENER 2008

20/21 *ines* **MÓN**

Mirta Acuña inició hace 30 años, junto a 13 mujeres, el movimiento de Madres de Mayo

“La desaparición forzada fue diseñada en Estados Unidos y exportada a toda Latinoamérica”

El pasado 18 de diciembre la justicia argentina condenó por primera vez a ex militares implicados en la represión de la dictadura (1976-1983). El comienzo del fin de la impunidad es el fruto de la lucha que por más de 30 años han mantenido mujeres como Mirta Acuña de Baravalle, una de las fundadoras de las Madres de la Plaza de Mayo. Sin embargo, para Mirta y sus compañeras el compromiso no es sólo saber qué pasó con sus familiares sino defender la justicia social por la que ellos dieron sus vidas y denunciar a quienes diseñaron y ejecutaron el siniestro plan de exterminio en América Latina.

PACO SIMON/SARA VERDU

“No puede existir la alegría absoluta cuando sientes y sabes que los ojos del niño ya tienen la tristeza del hombre”

Ana María Baravalle Acuña

La noche del 27 de agosto de 1976 transcurría plácidamente en el hogar de los Baravalle en Buenos Aires. Mirta jugaba al Intelect con su hermano, su hija Ana María y su yerno Julio César. A quien perdía le tocaba preparar el mate. Ese día estaban contentos porque el ginecólogo le había dicho a Ana que su embarazo de cinco meses era perfecto. De repente, una flota de camiones y Ford Falcon rodeó la manzana. Hombres armados, algunos con pasamontañas y otros vestidos con ropas militares y a cara descubierta, entraron por la fuerza en varias casas. Al hermano de Mirta le cubrieron la cabeza con su suéter y le pasaron la ametralladora por el cuerpo mientras le decían: “Mirá, flaquito, si aprieto el gatillo”. Sin dar ninguna explicación se llevaron a Ana y a su marido. Luego, el silencio. Ningún vecino salió a ver qué había pasado, el terror pa-

ralizó a todos. Como a las siete de la mañana, cuando llegó el marido de Mirta, decidieron ir a denunciar el secuestro, “después fuimos a la iglesia a pedir que se hiciera una misa para que regresaran los chicos cuanto antes; el cura, al contarme lo que había pasado, nos dijo: ‘Otros más’. Yo entonces no entendía lo que estaba pasando”, recuerda Mirta. Ella sólo sabía que su hija era una estudiante de sociología que ayudaba a los chicos de las villas, los barrios marginales de la capital argentina, “desconozco en qué organización política militó aunque sé que no era peronista, y tengo claro que luchaba contra el avance del imperialismo. Ana siempre me decía que en 25 ó 30 años de Argentina no iba a quedar ni el nombre porque el país iba a estar en manos de 3 ó 4 familias; efectivamente, así ha sido, se ha ido vendiendo todo”. En poco tiempo Mirta comprendió que eran miles los casos como el de sus familiares, que las respuestas a quienes los buscaban eran similares y que la única esperanza era seguir reclamando unidas insistentemente.

En los juzgados, regimientos y ministerios se fue encontran-



Azucena les convocó a Plaza de Mayo: “Debemos ganar la calle y meternos en la Casa de Gobierno para imponerle a Videla lo que pretendemos. Hay que unirse y organizar esto”.

do con otras mujeres que también buscaban infructuosamente a sus hijos. Una de ellas, Azucena Villaflor, les convocó a ir a Plaza de Mayo: “Es inútil seguir yendo a los juzgados y comisarías, nos ocultan todo (...). Debemos ganar la calle y meternos en la Casa de Gobierno para imponerle a Videla que es lo que pretendemos. Hay que unirse y organizar esto” (sic). El 30 de abril de 1977, frente a la



Las Madres, frente a la Casa Rosada.
FOTO: PACO SIMON